Ecdisis

Marco Hernández

Capítulo 1

Edisis Del gr. □κδυσιçékdysis 'desnudamiento'. Del lat. Ecdysis 'salir, escapar, liberarse, desvestirse'.

1. f. Zool. Muda de los artrópodos mediante la eliminación del exoesqueleto con lo que se posibilita el crecimiento del animal.

1. El testamento

Mi primo falleció hace tres días. Ahora mismo me dirijo a la notaría, ubicada en el ayuntamiento, en el centro del pueblo para la lectura de su testamento y última voluntad; si bien no es un camino largo desde mi casa, el clima caluroso y aplastante de la primavera no lo hace llevadero. Nunca fuimos muy cercanos, sobre todo en sus últimos años de vida, durante los cuales se aisló completamente del mundo y de nuestra familia, resultando sorpresiva la noticia de su muerte, ya que, a pesar de no ser una persona joven, tampoco se trataba de alguien viejo; apenas rondaba los cuarenta años, aunque aquellos que lograron verlo fugazmente en sus últimos días afirman que su aspecto parecía el de alguien mucho mayor, totalmente demacrado y con sus facultades mentales notablemente atrofiadas.

Como ya he dicho, nunca fuimos cercanos a pesar de que mi padre y su madre eran hermanos. Durante nuestra infancia apenas y nos dirigíamos la palabra, más por la diferencia de edades que por otra cosa; él era diez años mayor que yo, por lo que cuando yo apenas ingresaba a la difícil etapa que es la pubertad, él ya recibía su título universitario. La pubertad fue una etapa sumamente difícil para mí, ya que mi padre falleció por un cáncer en la próstata diagnosticado de forma tardía cuando yo contaba apenas con ocho años de edad. Sumado a esto, cuatro años después mi madre sufrió una caída de la cual no pudo reponerse; su condición empeoró con el tiempo y dos años después falleció en una cama de hospital dejándome huérfano. La familia de mi padre se ocupó de mí desde entonces, quedando mi custodia en manos de mi tía, la madre de mi primo ahora fallecido.

Viví con ellos los próximos años en la capital del país, hasta que cumplí la mayoría de edad y pude regresar al pueblo para reclamar y trabajar unos terrenos que le pertenecían a mi padre. Fue entonces que perdí el contacto tanto con mi tía como con mi primo, dedicándome al trabajo de la tierra y al estudio de una licenciatura en biología en la universidad del estado, influenciado fuertemente por el camino que mi primo había seguido. A pesar de haber concluido la licenciatura, nunca pude obtener mi título. Poco tiempo después, mi tía llegó al pueblo y vivió pacíficamente

en una casa que construyó con ayuda de sus otros hermanos hasta el día de su muerte. Posteriormente cuando mi tía falleció, mi primo llegó a radicar en aquella casa, modificándola y ampliándola para sus propias necesidades.

Sin embargo cuando llegó, era una persona totalmente distinta al hombre que había conocido y me había inspirado. Se había vuelto callado, taciturno y con un miedo más que irracional a la oscuridad, él, que en su vida le había temido a muy pocas cosas. Su aspecto físico había cambiado también; a pesar de seguir siendo delgado y moreno, su postura se había encorvado, su tez se había hecho pálida y había languidecido mucho; cabe destacar que durante el tiempo que vivió en la capital, había sido una persona atlética, que disfrutaba del ejercicio físico, por lo que su figura a pesar de ser esbelta, era nudosa, cosa que con su llegada al pueblo había cambiado totalmente. En una ocasión en que me pidió lo ayudase a trabajar la pequeña parcela que había tras su casa, lo cuestioné sobre el motivo del cambio en su carácter y su físico. Perturbado y mirando al infinito, me reveló que había vuelto al pueblo donde pasó gran parte de su infancia para vivir el resto de sus días tranquilamente después de una terrible experiencia que le costó su empleo. Además, visiblemente nervioso me dijo que “hay cosas en el mundo que es mejor no conocer”.

Seguí frecuentándolo esporádicamente con el pasar de los años, con lo que fui testigo en parte de su deterioro. Se volvió un tanto huraño al punto de que no mediaba palabra alguna conmigo o con cualquiera que lo visitara, incluso negándose a abrir la puerta de su casa cuando alguien llamaba. Fue entonces que me distancié completamente de él, el resto de la familia hizo lo propio junto con la mayoría de sus vecinos. Rara vez se le veía salir de su casa; lo hacía casi siempre de noche, compraba víveres o frecuentaba los terrenos aledaños al cementerio, supongo que para visitar la cripta familiar, donde poco a poco el resto de la familia llegó a reposar eternamente. Por esta extraña costumbre algunos decían que era un nahual, una bestia monstruosa propia del imaginario colectivo de la gente de comunidades rurales; otros simplemente se limitaban a decir que había perdido la cordura. Con el tiempo y al ver que no causaba problemas, la gente se fue olvidando de él y de sus extraños hábitos.

Me llamó la atención el hecho de que a pesar de que tenía un título universitario, nunca consiguió trabajo en algo relacionado a su campo laboral. A su llegada al pueblo se limitó a trabajar la tierra hasta el día de su muerte y a publicar un par de libros en donde recopilaba relatos de su autoría sobre abominaciones y monstruos ocultos en las profundidades de la tierra. Lo más extraño de todo, es que la edición que poseo de dicha recopilación cuenta con un prólogo escrito por él mismo, en donde aclara que las historias que contiene el volumen están basadas en experiencias personales y que es mejor no haber vivido en carne propia. Dichos libros le dieron una fama moderada a nivel nacional e internacional y los medios

para poder vivir de manera decente el resto de sus días.

Ahora está muerto, y estoy camino a la lectura de su testamento. Cuando por fin llego a la notaría me hacen pasar a un salón con las paredes pintadas de un color salmón e iluminado por un par de lámparas antiguas con forma esférica, cuyo resplandor parpadea hasta casi apagarse. Un ventilador refresca la habitación completa dando una sensación de alivio en comparación al aplastante calor del exterior.

Sólo hay dos hombres en la habitación. Uno de ellos, calvo, gordo y sudoroso con ropa de oficinista, el notario, me invita a tomar asiento. El otro, delgado, de unos sesenta años, vestido humildemente con un pantalón de mezclilla y una camisa a cuadros de poliéster y que sostiene un sombrero entre sus manos, es Francisco, el hombre que fungió como mayordomo de mi primo durante sus últimos años.

La lectura del testamento se realiza de manera rápida y breve, tal como el testamento mismo. En él se manifiestan los deseos de mi primo de legar la mitad de su fortuna monetaria a Francisco, como indemnización por tantos años de buen servicio en forma de cheque contenido en un sobre color amarillo. La otra mitad, al igual que los bienes materiales, la casa y el pequeño terreno me son heredados a mí. Me son entregadas las llaves y las escrituras del terreno y de la casa. Tanto Francisco como yo nos despedimos con un apretón de manos del notario y salimos del ayuntamiento.

Una vez fuera del ayuntamiento, Francisco guarda el sobre que le fue entregado en la solapa de su camisa y se pone su sombrero. Se despide y camina rumbo hacia su casa. Es entonces que me encamino hacia mi nueva propiedad, dispuesto a conocer las condiciones en las que vivió mi primo sus últimos días.

Capítulo 2

2. La casa

La casa está ubicada en el límite oriente del pueblo, en medio del campo al costado de un camino de terracería, donde los asentamientos humanos escasean y abundan los sauces. Al llegar a ella se puede notar que está envuelta en un halo silencioso y calmado; ningún ave o cualquier otro animal hacen ruido, incluso el viento parece enmudecer. Es una casa pequeña, a simple vista con una arquitectura promedio comparada con las demás casas del pueblo: un patio de seis metros por seis metros, protegido por un muro de concreto con un alambre de púas en su parte superior y una pequeña puerta individual de acero inoxidable pintada de negro, que sirve como antesala para el conjunto de pequeñas habitaciones que alberga en su interior. Una cocina sencilla, con un refrigerador, una pequeña parrilla de gas conectada a su respectivo tanque con una gruesa manguera color amarillo y una mesa rústica de madera con sus respectivas sillas hechas del mismo material, se encuentra al fondo del patio a su costado izquierdo, separada por un pequeño pasillo de otra habitación que funge como cuarto de baño. Al igual que la cocina, éste cuenta con los requerimientos esenciales para su funcionamiento: un retrete, lavabo y regadera que conecta mediante un sistema de tuberías a la parte superior de la casa, donde un contenedor enorme de agua suministra el vital líquido a todas las tomas de la casa; junto al retrete se encuentra una puerta que comunica el cuarto de baño con el patio. Atrás de la cocina y siguiendo el pasillo que la separa del baño se encuentran dos pequeñas habitaciones, una detrás de la otra: la primera, que antaño perteneciera a mi tía se encuentra cerrada con llave, mientras que la de más al fondo, pertenecía a mi primo y posee en el dintel un moño negro rústicamente armado y pegado como señal de luto, probablemente ideado por Francisco. Al entrar en ella, pude ver la cama donde mi primo pasó sus últimas horas en soledad, perfectamente tendida con sábanas blancas sobre ella, un ropero y un buró a cada lado de ellas, y nada más.

Las puertas de ambas habitaciones dan al pasillo, y frente a ellas, una bifurcación del mismo desemboca en una sala espaciosa con un único sillón y un librero enorme, lleno de cuadernos, libros antiguos, novelas, tratados filosóficos, libros en latín y otros idiomas e incluso, algunas historietas que lo abarrotan. Cuando mi tía vivía, la sala contaba con una televisión y un aparato de sonido estéreo donde solía escuchar su música. Sin embargo, parece ser que mi primo se deshizo de ambos limitándose a la lectura como su único pasatiempo.

Al fondo de la sala, otra puerta de madera desemboca en una solitaria habitación; sin embrago, así como la que fuera la habitación de mi tía, ésta se encuentra cerrada con llave. Me parece que mi primo la construyó después de la muerte de mi tía, cuando él llegó a la casa para que

funcionara como estudio y oficina privada. Aun así, ahora que ya no está y me dejó a mí como propietario de la casa, me extraña que el notario me haya entregado una única llave, la de la entrada, dejando ambas habitaciones cerradas. De igual manera, me percaté que todos los sitios destinados para bombillas eléctricas, están vacíos, siendo sustituidos por velas en sendos candelabros. Al salir nuevamente al patio, pude ver a la izquierda del mismo, casi pegado al muro que separa la casa de la calle y dando de frente a la cocina, un pequeño lavadero con una pileta de agua protegida por una gran tapadera plástica. La canaleta que lleva el agua sucia del lavadero está compuesta por un tubo de PVC que daba a la parte trasera de la casa. Volví a entrar por el pasillo y me dirigí a la sala, sólo para encontrar ingeniosamente oculta entre el enorme librero y la esquina de la casa, una puerta de acero inoxidable similar a la de la entrada principal. Al girar la perilla, la puerta se abre y puedo entrar a una pequeña antesala cuyo extremo posterior desembocaba en otra puerta hacia un cuarto forrado con una manta plástica de color blanco y un techo transparente, casi con la misma anchura del patio frontal: un invernadero.

Abro la puerta y tanto el calor como la humedad ambiental aumentan considerablemente. Dentro del invernadero, hay numerosas macetas de diversos tamaños y formas con turba o cortezas que contenían plantas que iban desde plantas carnívoras de distintos géneros y especies hasta orquídeas, así como algunas plantas que nunca había visto y que daban la impresión moverse ligeramente cuando se les quitaba la vista de encima, algunas de las cuales colgaban de las vigas del techo del invernadero pegadas a troncos con musgos creciendo alrededor de sus raíces. Todas las plantas permanecen acomodadas en mesas, de acuerdo al último criterio de especie, para impedir hibridaciones por un polinizador indiscreto, supuse. Algunas exhibían tallos florales con sus respectivas inflorescencias, que en el caso de las carnívoras mostraban florecillas diminutas, casi imperceptibles hasta flores más vistosas y con formas extravagantes y con colores que iban desde rosáceos pálidos, pasando por blancos, púrpuras o hasta negros intensos en el caso de las orquídeas. Todas se encontraban etiquetadas con trozos plásticos enterrados en su sustrato, donde se podía leer además del nombre, fecha de plantación y localidad a la que pertenecía, siendo esta última en el caso de las pequeñas plantas misteriosas reemplazada por coordenadas. Mi primo había sido siempre entusiasta de las plantas exóticas, por lo que no me extrañó en absoluto la presencia del invernadero. En una parte más alejada de éste, pude ver macetas con flores meramente ornamentales: rosas, claveles, geranios, cunas de moisés y violetas, acomodadas de tal forma que la luz penetraba a través del techo transparente del invernadero sin quemarlas. Fue a través del techo que pude observar que el muro rodeaba la casa completamente, pasando atrás del invernadero, siempre con el alambre de púas en su parte superior.

De pronto, el ruido de un mecanismo activándose llamó mi atención. Una bomba de agua se puso en marcha y de una de las esquinas del invernadero un mecanismo de osmosis inversa comenzó a bombear agua. Una neblina algo densa comenzó a aparecer. Un humificador casero se había puesto en marcha; se encontraba conectado a un reloj. Comprendí que el agua de la canaleta del lavadero, así como parte del agua del suministro de la casa, desembocaba en ese lugar y era purificada por osmosis inversa para posteriormente ser humificada periódicamente y ayudar a conservar la humedad ambiental del recinto. Cuántas horas no habrá gastado mi primo para armar tan intrincado mecanismo. Era brillante…y costoso. Al otro extremo del invernadero se encontraba otra puerta que daba a un pequeño espacio entre el recinto mismo y el muro; pude abrirla con facilidad y ver que la habitación que mi primo había construido como estudio se encontraba a un costado del invernadero y también poseía una puerta que daba a ese lugar. Intenté abrirla, pero en vano, ya que al igual que la puerta de enfrente, se encontraba cerrada con llave.

Sin embargo, una pequeña ventila sobre la puerta llamó mi atención. A pesar de que soy alto, más alto de lo que era mi primo de hecho, no pude alcanzarla saltando, por lo que busqué algo en que apoyarme. Volví a entrar en el invernadero y con dos cajas de madera vacías que encontré arrumbadas en una esquina me dispuse a trepar a la ventila. Acomodando las cajas, una sobre otra, pude trepar. Sin embargo, la ventila era muy angosta para que una persona, del tamaño que fuera, entrara por ella. Aun así, pude ver el interior del estudio de mi primo vagamente. Un escritorio de madera sumamente desordenado con marcos para fotografías, papeles, plumas y lápices adornaba el centro de la habitación. A ambos costados de la habitación había libreros repletos de volúmenes de apariencia aún más antigua que los del librero en la sala. Un detalle llamó poderosamente mi atención y es que, sobre el suelo, había algunos papeles regados. No pude ver nada más, ya que al mismo tiempo que escuchaba el "click" del mecanismo del invernadero apagándose, una de las cajas de madera sobre la que me encontraba colapsó, debido a que se encontraba podrida por toda la humedad a la que había estado siendo sometida, haciéndome caer.

Levantándome y sobándome, me percaté que había empezado a anochecer, por lo que decidí regresar a mi casa. Ese camino no cuenta con iluminación al estar en medio del campo y la casa de mi primo tampoco, por lo que me propongo volver al otro día, después de pasar a casa de Francisco y preguntarle si sabe qué pasó con las llaves de las habitaciones clausuradas.

Al salir de la casa, siento algo extraño, como si el aire se hiciera menos denso. Cierro la puerta principal con llave y empiezo a caminar en dirección al pueblo, a mi casa. Conforme avanzo, puedo notar que el ambiente va cobrando vida de nuevo: las aves comienzan a cantar, las

voces se comienzan a escuchar, incluso la temperatura se vuelve algo más cálida que en los alrededores de la casa que una vez perteneciera a mi primo. Ahora él no está y esa casa es mía.

Capítulo 3

3. El diario

Es en este punto, en que mi narración será en forma de retrospectiva, ya que ha pasado mucho tiempo, aproximadamente dos meses desde la primera vez que visité la casa después de la muerte de mi primo. Es aquí, en este punto donde también recuerdo las palabras con las que me respondió al cuestionarlo sobre su regreso al pueblo, debido a la extrañeza y morbosidad de los acontecimientos que siguieron a su muerte: "hay cosas en el mundo que es mejor no conocer". Esa contestación da a entender a las mentes promedio, en primera instancia que se está rebasando la línea existente entre lo público y lo privado; sin embargo para las mentes de aquellos que han presenciado horrores inenarrables y han visto al abismo de la locura extenderse ante ellos, esa premisa funciona más como una justificación y una válvula que permite escapar a aquel que la emite a un lugar más seguro, hacia la cordura. Tal fue el caso de mi primo. Esto pude saberlo gracias al diario que con gran recelo guardaba en su despacho y que pude leer gracias a Francisco.

Visité a Francisco dos días después de haber inspeccionado por vez primera la casa. La razón de mi demora se debió más que nada al trabajo que realicé en el terrero que me heredara mi padre años atrás. A pesar de estar al otro extremo del pueblo, hacia el oeste, el barrio en donde se encuentra la casa de Francisco luce mucho más animado que el lado este del mismo, como si hubiera una especie de desplazamiento de los asentamientos, alejándose de manera inconsciente (o tal vez no tanto) del campo y por lo tanto de la casa. Al llegar pude notar que la gente me miraba de manera extraña, con temor y murmurando cosas cuando pasaba a su lado, evitando todo contacto conmigo. No me extrañó, ya que el pueblo es relativamente pequeño y todas las personas se conocen de manera indirecta entre sí, por lo que era más que seguro que la mayoría conocía lo que había pasado con mi primo y su casa.

Seguí mi camino y llegué a la casa de Francisco. Al llamar a la puerta me recibió una mujer mayor, pequeña y regordeta. Era Dolores, su esposa. Me dijo con un gesto que era mezcla de desconfianza y enojo, que Francisco se encontraba muy enfermo y no estaba en condiciones de recibir ninguna visita; insistió en que me marchase y que no regresara, ya que la enfermedad de su esposo según ella, era culpa mía y de mi "mala semilla". Esta última declaración me trajo a la mente a mi familia: a mis padres, a mis tíos, a mis primos y a todos los que me habían apoyado en los tiempos de dificultad y me encolerizó, por lo que empecé a discutir con Dolores. Sin embargo, nada me preparó para lo que venía.

Del interior de la casa, salió Francisco ataviado con un camisón largo y amarillento. Iba descalzo y con la mirada desorbitada. Aun así, lo que más

me sorprendió de su aspecto fue que se encontraba totalmente cambiado. No era el mismo hombre que había visto hace apenas unos días; lucía demacrado, pálido y con los ojos amarillos, la piel casi pegada a los huesos, las manos le temblaban y se tenía que apoyar de las paredes para caminar. Extendiendo sus dedos largos y temblorosos, me entregó un par de llaves y le ordenó a su mujer que entrara a la casa; ella aceptó de mala gana, aún impactada por verlo de pie y entró.

- Debería ir a visitar a su primo. Él no tenía a nadie y ya ve como estoy yo que no puedo ir a verlo ya. Si nadie lo ve, la cripta se puede echar a perder. – la voz de Francisco sonaba apagada y débil, casi lejana.

Dicho esto, se apoyó en el hombro de su esposa que observaba desde el interior y entró a su casa, cerrando la puerta tras de sí. Me intrigó el que supiera que iba a buscarlo para pedirle las llaves que faltaban y me intrigó más el saber que él las tenía, siendo que mi primo era muy celoso con sus cosas y su espacio personal. Comprendí entonces el grado de confianza que había depositado en él.

Comencé a caminar hacia el otro extremo del pueblo, hacia la casa. Crucé la plaza y tomé el camino que lleva al campo. Durante todo el camino no pude dejar de pensar en la salud de Francisco, que se había deteriorado tan rápidamente y en lo que pudo haber pasado para que tomara ese aspecto casi cadavérico. Fue entonces que el ruido de todas las cosas se empezó a apagar, dejando lugar al silencio ya característico que rodeaba a la vivienda que ahora me pertenecía.

Entré en la casa y me dirigí inmediatamente a la puerta del estudio. Introduje una de las llaves que Francisco me había entregado, una pequeña llave color plateado que para mi fortuna resultó ser la que abría aquel cuarto. La puerta rechinó cuando la empujé. Al igual que en el resto de la casa, no había luces eléctricas, pero por la hora del día y la iluminación (la puerta trasera de la habitación que la conectaba con la parte trasera del invernadero, estaba ubicada al este) pude ver claramente el interior de la habitación.

Se trataba de una habitación de madera en su totalidad, a diferencia del resto de la casa hecha de concreto. El suelo de dicho despacho rechinaba cuando se caminaba sobre él. Una de las paredes estaba cubierta por un librero enorme, probablemente construido a mano, lleno en su totalidad de libros extremadamente antiguos. Los temas que cubrían esos libros iban desde tratados filosóficos de diversas corrientes tanto clásicas como modernas, biología, química y física así como libros de ocultismo y grimorios. Pude incluso distinguir entre los libros antiguos algunas primeras ediciones. En la pared del otro lado había también librero, más pequeño que su compañero pero igual de lleno con algunos libros y cuadernos de anotaciones. Junto a ese librero un agujero lleno de hollín se abría en la pared, probablemente una chimenea ahora apagada. Al centro

del estudio, frente a la puerta metálica que permanecía cerrada, una solitaria silla yacía frente a un escritorio, ambos de madera mucho más fina que la que cubría las paredes y probablemente hechos a mano al igual que los dos libreros.

Me acerqué al escritorio levantando los papeles tirados a su alrededor. Pude notar el desorden en el que se encontraba. Uno de los muchos rumores que se contaban sobre la muerte de mi primo decía que un ataque cardiaco lo había sorprendido cuando se encontraba en esa solitaria habitación. Sobre el escritorio varias plumas regadas y hojas sueltas adornaban su superficie junto a los marcos para fotografías que estaban volteados y en desorden. Eran tres en total. Los levanté uno a uno.

El primero, cuyo cristal estaba roto contenía una fotografía de mi primo en sus años de juventud; su figura esbelta y piel morena, así como su rostro mismo evidenciaban que no pasaba de los veinticinco años cuando la fotografía fue tomada. La grieta que atravesaba el cristal del marco, pasaba a través de su rostro perfectamente afeitado. El segundo marco contenía una foto también de mi primo pero en ella se le veía acompañado con una muchacha muy hermosa; a diferencia de la primera, se le veía más desaliñado, con el cabello largo cayendo en sus hombros y una barba cubriendo su rostro, pero también más feliz. Sonreía abrazando desde atrás a la muchacha. Saqué la fotografía del marco y pude leer en su parte trasera que habían anotado con pluma "J+M 12/03/201X México, D.F.". Coloqué la foto en el marco nuevamente, al igual que había hecho con la primera y levanté el último marco que estaba sobre el escritorio. En él había una foto de mi tía, mucho más joven que cuando yo la había conocido, con el cabello largo y rizado amarrado en una coleta; sonreía y se le veía muy bella, como había sido en aquellos años lejanos.

Acomodé los tres marcos sobre el escritorio y comencé a ordenar los papeles y las demás cosas que había regadas sobre él. Los papeles contenían fórmulas tanto en español como en idiomas que no comprendía, fórmulas matemáticas y anotaciones diversas sobre biología, morfología y anatomía. Otros por su parte, tenían partes en blanco y por más que me esforcé en ordenarlos para que tomaran cierta coherencia, me resultó imposible. Decidí dejar esa tarea de lado, lo mismo que los papeles y continuar con el ordenamiento y la exploración del escritorio y de la habitación. Una vez que el escritorio estuvo más ordenado, descubrí entre las muchas cosas que había, una pequeña estatuilla de madera. La levanté. No medía más de diez centímetros de alto y representaba a algún ser humanoide con alas de murciélago plegadas sobre sí mismo. Estuve contemplándola un buen rato, dándole vueltas sobre mi mano, absorto en mí mismo, como si la figura tuviera algún hechizo que hiciera imposible el dejar de mirarla. Parecía incluso que un sonido de tambores, acompañado por caracoles y flautas provenía de ella. Una música lejana y espectral que atraía la atención completamente hacia el pequeño humanoide,

trasladando la mente a otros tiempos, a otras regiones de la realidad.

De pronto, la ausencia casi total de luz me hizo volver de mi ensimismamiento. Había casi anochecido y yo había estado en la casa desde antes del mediodía. Perturbado, dejé caer la estatuilla en el escritorio y ésta rodó debajo de él. Al agacharme para ver si podía encontrarla, vi que debajo de la tabla principal del escritorio había un pequeño compartimento que pasaba desapercibido a primera vista. Decidí abrirlo y dentro de él estaba resguardado un pequeño cuaderno con una pluma. El encuadernado era de color negro y el espiral había sido sustituido por un estambre con numerosos nudos. Me olvidé de la estatuilla y salí de la habitación cerrándola tras de mí, con el pequeño cuaderno en la mano. Me dirigí a la cocina y abrí todos los cajones que encontré hasta que por fin pude encontrar uno destinado a guardar los cerillos. Tomé la caja que aún contenía bastantes y encendí la primera vela que encontré en su candelabro, ahí mismo en medio de la pequeña mesa que adornaba el centro de la cocina.

Comencé a hojear el pequeño cuaderno. A pesar de la deficiente iluminación y que para este punto, había anochecido en su totalidad, pude notar que el cuaderno era una suerte de diario escrito por mi primo (pude reconocer su letra en cada una de las páginas, incluso en las anotaciones correspondientes a sus últimos años de vida, donde su deterioro mental se hacía notorio en una caligrafía casi ininteligible). Había muchas hojas sueltas y otras de tamaño ligeramente más grande o más pequeño que el encuadernado, así como de distintos tonos de blanco o amarillo con muchas caligrafías distintas, lo que era prueba de que mi primo añadió varias notas al cuaderno en varios momentos.

El contenido de ese pequeño volumen era básicamente el de un diario de trabajo, una bitácora. Varias anotaciones de coordenadas, de localidades y horarios de recolecta así como de vagas descripciones de distintos organismos era el contenido de la primera parte, donde la letra, a pesar de modificarse ligeramente podía leerse con claridad; probablemente, éstas anotaciones correspondían al trabajo que mi primo tuvo en la capital. Sin embargo, conforme avancé en la lectura de esa bitácora, pude constatar que se iba convirtiendo gradualmente en un auténtico diario, donde mi primo plasmaba su día a día y el contenido de la misma se iba volviendo cada vez menos coherente, sobre todo después de lo que mi primo menciona como “la expedición”.

Fue éste acontecimiento y las notas posteriores lo que acabó con la cordura de mi primo, ya que, a partir de ese momento mi primo relata “hechos” que son expuestos en los libros que escribió y que lo hicieron famoso. Sin embargo, la manera en la que se expresa sobre ellos, personas e incluso criaturas es, a diferencia de sus libros, de una manera verdadera, palpable, como si éstos hubieran ocurrido en realidad. La fascinación que mi primo plasmaba en forma de descripciones por plantas

y animales en sus trabajos de campo, era ahora reemplazada por palabras tiradas casi al azar; “Chiwo”, “Camazotz”, “Mictlantecuhtli” y “Ya-te-veo”, elementos propios de mitologías prehispánicas, se emparejaban ahora con conceptos del imaginario lovecraftniano como “Shub-Niggurath” y “Nyarlathotep”.

Fórmulas mágicas, ecuaciones y anotaciones sobre síntesis de diversos compuestos, así como dibujos y esquemas de anatomía humana y animal (principalmente quirópteros y arácnidos y otros artrópodos) y fisiología vegetal, lo mismo que símbolos rayoneados a lo largo de innumerables páginas adornaban el diario. Nombres de personas (muchas de ellas famosas), de “críptidos” de todo el mundo y de sectas se encontraban en un apartado especial; algunos habían sido tachados con un rayón y otros marcados con asteriscos. Cuanto más leía, más me sumergía en ese mar de locura y obsesión que ahogó a mi primo en los últimos veinte años de su vida. No me percaté que la vela que tomé para iluminar la cocina estaba casi por terminarse cuando la encendí y que su luz agonizaba, pues había estado casi toda la noche leyendo y releyendo las páginas del pequeño cuaderno.

Fue hasta que la flama de la vela se extinguió que me percaté de la hora que era, casi las tres de la madrugada. El sueño me invadió casi después de despegar la vista de las impías anotaciones y dada la alta hora que marcaba mi reloj, decidí pernoctar en mi nueva propiedad. Tomando el diario y guardándolo en el interior de mi abrigo, me dirigí a tientas a través del pasillo, y cuando me encontraba afuera de la recámara, un sentimiento de incomodidad me invadió. No podía dormir en la misma cama en la que mi primo había fallecido. Decidí dormir en el sillón, cubriéndome con mi abrigo y nada más. Así lo hice.

Sin embargo, antes de poder conciliar el sueño, apenas y empezaba a cerrar los ojos, cuando un ruido llamó mi atención haciendo que me despertara. Al incorporarme y tratar de escuchar con atención, me percato que se trata solamente del mecanismo del invernadero que humifica las plantas y su atmosfera cálida. Vuelvo a cerrar los ojos y a dormir lo que queda de la madrugada antes del amanecer, siendo perturbado por sueños extraños, sueños con tambores, flautas y caracoles tocando música de una belleza peculiar e hipnótica y cielos rojos siendo nublados en su totalidad por murciélagos y tarántulas negras cubriendo con su negrura los árboles de alguna selva lejana que jamás he visto en mi vida. Sueños y nada más.

Capítulo 4

4. La cripta

Pasé por lo menos otras seis semanas durmiendo en la casa leyendo y releyendo el diario, intentando encontrar algún sentido en las palabras que mi primo había escrito. Leyendo los grimorios, los libros de fórmulas y hechizos antiguos que atiborraban el librero del estudio, empapándome de todo ese mundo donde la cordura escaseaba, empatizando de algún modo con el finado, con mi primo. La primavera se convirtió en verano y el calor casi aplastante en lluvias cada vez más frecuentes. Casi no salía y si lo hacía solo era para comprar comida y nada más. Casi no dormía y cuando lo hacía, sueños terribles y sin significado aparente asaltaban mi mente. Había empezado a trazar un mapa mental en el piso de la sala con ayuda de las hojas vacías que encontré en todos los libreros, haciendo conexiones con hilo y haciendo nuevas teorías y fórmulas a partir de las que mi primo había plasmado. Todo esto, hasta que un día en que corrí a la tienda más cercana asaltado por el hambre, el tendero, en su manía de hablar cuando menos se lo piden me dio la noticia.

Francisco había fallecido al menos dos días después de mi visita a su casa. También, un ambiente de conmoción invadía el pueblo ya que con la llegada del verano y sus características lluvias, algunas tumbas del pueblo habían sido profanadas, y la familia de Francisco temía que la suya corriera con la misma suerte. De alguna manera, la noticia me hizo salir del aislamiento psicológico que me había auto-impuesto y recapacité. Me estaba convirtiendo en mi primo. La obsesión que éste había sentido por cultos y fórmulas impías, en criaturas, críptidos y deidades maléficas, hasta entonces consideradas por mí como ficticias, lo había llevado a aislarse y morir. Yo no iba a dejar que eso me pasara. No regresé a la casa, al menos no ese día.

En cuanto salí de la tienda me dirigí a paso veloz al cementerio, cargando los víveres que había comprado para la semana siguiente de aislamiento. En el camino pensé en Francisco, en su misteriosa enfermedad y en mi primo, así como en las tumbas profanadas. Esto último no me extrañó en absoluto. Varios años atrás, una ola de profanaciones había tenido lugar; ocho cuerpos en total habían sido sacados de sus tumbas y se habían perdido en situaciones misteriosas. La incompetencia de las autoridades empeoró la situación. Debido a ello, mi primo mandó a reforzar la seguridad en la cripta de la familia para evitar que los cuerpos que ahí descansaban cayeran en manos de los depravados que rondaron el pueblo esas semanas. Sin embargo, así como comenzó todo, así se detuvo. Más aun, parecía que los profanadores habían vuelto a las andadas.

El cementerio, como ya he dicho, se encuentra al otro extremo del pueblo, respecto a la casa. Es un terreno extremadamente grande, tanto a lo largo

como a lo ancho. A pesar de ello no está lleno ni a la mitad de su capacidad, esto debido al traslado que se hizo del antiguo cementerio, donde aún reposan los restos mortales de muchos de mis antepasados y que se encuentra a las afueras de la iglesia, al lugar que funge ahora como camposanto. Debido a la distancia a la que se encuentra respecto del pueblo, muchos prefieren no gastar energía innecesariamente y abandonan las tumbas de sus difuntos, por lo que muchas de ellas se encuentran en total abandono, con nombres ilegibles en el mejor de los casos.

Camino al cementerio vislumbro varias camionetas. Todas ellas conducidas por hombres de campo, con expresiones severas en sus rostros y constitución corporal tosca, algo atrofiada por el consumo excesivo de alcohol. Al pasar junto a mí todos me miran, algunos cambiando su expresión severa por una de nerviosismo, se podría decir que casi de temor. Una vez que llego al cementerio encuentro a muchas personas, la mayoría va a pie y los que no, estacionan sus camionetas a la entrada del camposanto. Alcanzo a distinguir cinco féretros en procesión. También me percato de que la gente me evita y me mira extraño. Una mujer incluso se persigna y recita oraciones en voz baja mientras se aleja de mí envuelta en un rebozo de lana.

Entre la multitud está Santiago, un antiguo compañero de la infancia y primo lejano. Corro a saludarlo y él me responde, visiblemente sorprendido de verme. Le pregunto quiénes son los difuntos a lo que, de manera seca y alejándose de mí al igual que el resto de la procesión responde:

- Los Vélez. Todos ellos. Muertos de una manera horrible. Dicen que fue tu primo y su criado.

Alcanzo a Santiago y tomándolo por el hombro lo cuestiono en voz baja sobre la última parte de su respuesta. Me vuelve a decir visiblemente incómodo y asustado:

- ¿Pues dónde has estado este rato? Desde que don Francisco falleció, alguien del pueblo fallece diario. Todos tienen o tuvieron algo que ver con tu primo. Todos dicen que sigues tú, y después cualquiera que te haya hablado o conocido o nomás visto.

Después de decir esto, Santiago quita bruscamente mi mano de su hombro y corre a la procesión, perdiéndose en la multitud. Entro al cementerio y tanto la tumba de Francisco como la de los demás fallecidos se ubica en la parte más alejada de éste respecto a la cripta de mi familia, en la cual mi primo está enterrado. Decido hacer caso a lo último que Francisco me dijo y visitar la tumba de mi primo.

La cripta alberga los cuerpos de prácticamente toda mi familia paterna. En ella reposan mis abuelos, casi todos mis tíos y tías, incluyendo a la madre de mi primo y a la mayoría de mis primos, siendo el antiguo propietario de mi casa, el añadido más reciente a la galería de restos que se encuentran ahí. Debido a la cantidad de restos que ahí reposan, la cripta resalta como una estructura de tamaño considerable en el cementerio. Negra en su totalidad y con una forma que recuerda al antiguo Partenón, su altura supera la de la barda del cementerio, siendo visible desde fuera de éste y sirviendo como referente para la ubicación del mismo. Su parte alta está adornada por una pequeña estatua con forma de ángel, deteriorada por la erosión y otros factores ambientales, al extremo de que ha perdido su rostro y ahora parece más una efigie representativa de la parca que uno de los mensajeros de Dios. La parte de enfrente está cubierta por una puerta doble de reja negra que comienza a oxidarse, unida para mi sorpresa únicamente con una cadena que corre el mismo peligro. Dentro de la cripta, la oscuridad es total, salvo por un vaso de vidrio que descansa en la entrada y que posee una veladora con una llama agonizante. El exterior ha sido manchado por grafitis de vándalos que penetran en la oscuridad de la noche en el cementerio, pasando a través de la reja o por encima de los muros para poner a prueba su valía con ridículos desafíos, perturbando el sueño perpetuo de los muertos.

Me quedo observando el exterior de la cripta durante un largo rato, pensando en sus moradores, recordando sus vidas, rememorando buenos momentos. Instintivamente toco la reja con la mano, deslizando los dedos hasta llegar a la cadena que une ambas partes de la misma. De pronto y para mi sorpresa, al mínimo contacto, ésta cae. Miro a los lados y atrás de mí. El sepelio de los Vélez se encuentra lejos y nadie presta atención.

Abro la reja con extremo cuidado. A pesar de ello, emite un sonoro rechinido metálico. Penetro en la cripta. Camino poco más de un metro hasta toparme con una escalera de concreto. Bajo a través de ella, está cubierta de moho verde y el ambiente se siente húmedo. La iluminación es nula, por lo que tomo la caja de cerillos que aún llevo conmigo desde hace semanas y enciendo uno. La temperatura de la cripta es fría comparada al exterior. Un largo pasillo de concreto mohoso se extiende frente a mí, con ambas paredes cubiertas de compartimentos con puertas rocosas, cada una con un familiar en su interior. Recorro la macabra galería, cerillo en mano, leyendo cada uno de los nombres; conozco a la mayoría, de otros he escuchado el nombre solamente. El cerillo se apaga, quemándome la mano, por lo que me veo obligado a encender uno nuevo.

Cuando llego a la mitad del pasillo, me topo con las tumbas de mi tía y de mi primo, abiertas y los ataúdes tirados en el suelo, despedazados y vacíos. Corro de regreso por donde vine, alterado, enojado, perturbado. ¡¿Quién pudo haber cometido tal atrocidad?! ¡¿Por qué?! ¡¿Qué ganaba con hacerlo?! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué?! No me percato si quiera que el

cerillo se apaga en mi mano una vez más. Sólo corro y corro sin mirar atrás. El tiempo parece detenerse. Lo que sucede a continuación, pasa muy rápido, tanto que apenas y me percato de que pasó. Salgo del cementerio dejando abierta la cripta, no me importa nada más que llegar al ayuntamiento y dar cuenta a las autoridades de lo sucedido. No me importa la gente que encuentro en el camino. Que vayan al diablo con sus cuchicheos y creencias ridículas.

Una vez que llego al palacio municipal totalmente agotado y sin poder respirar, pido hablar con el jefe de la policía. La mujer frente a mí me ordena sentarme y esperar. Hago caso omiso y entro al área de oficinas, ignorando sus gritos y protestas. Paso frente a la oficina del notario que le dio lectura al testamento de mi primo y noto que han colocado un moño negro sobre el dintel de la puerta. Llego hasta la oficina del jefe de policía seguido por la mujer y dos policías a pasos acelerados. Se hace un alboroto cuando entro. Muchas voces al unísono hablando. Forcejeos y gritos. Finalmente, el jefe de policía les ordena a la mujer y a sus subordinados que me dejen hablar.

Le informo al regordete y sudoroso hombre la infamia de la cual fue víctima la cripta de mi familia. Sin empatía alguna en su rostro y con un tono de voz que refleja hartazgo y aburrimiento, me promete investigar. Sin embargo al saber mi nombre y los apellidos de mi familia, su rostro palidece, su sudoración se incrementa (por increíble que parezca) y su tono de voz se torna balbuceante. Una vez más promete investigar y me invita cordialmente (aunque en ese momento percibí más miedo en su lenguaje corporal que amabilidad) a salir de su oficina. Hago caso a su recomendación y salgo con el peso de las miradas temerosas de la mujer y de los dos policías sobre mi espalda. El alboroto hizo que los responsables de las otras oficinas se asomaran a las puertas de sus despachos y que sus oídos se agudizaran. Conforme avanzo a la salida, puedo sentir como todas esas personas me miran, escondiéndose algunos y murmurando los otros.

Me dirijo ésta vez a mi casa. Casi anochece y a lo lejos se vislumbran nubes de tormenta. Sumado a eso, estando una vez a mitad del camino me percato que he perdido mi bolsa con los víveres que compré en la mañana. Con mucho esfuerzo recuerdo todo lo acontecido a lo largo del día y llego a la conclusión de que olvidé la bolsa en la entrada de la cripta. Debido a la hora, el cementerio debía estar por cerrar, por lo que decido seguir mi camino. Decido comprar más víveres a la mañana siguiente y me propongo volver al cementerio para recuperar los otros; pensé que si los ladrones, vándalos y el velador del cementerio eran igual de supersticiosos que el resto de la gente del pueblo, los víveres seguirán intactos.

Los grillos frotaban sus patas, emitiendo ese canto tan característico de ellos, canto que era acompañado por el de las cigarras, las lechuzas y

demás animales nocturnos en una sinfonía que sonaba llena de vida. Sin embargo, en los alrededores de la casa, este concierto se termina como ya es costumbre. Ningún animal se escucha en al menos diez metros a la redonda, situación que sumada a la ausencia de luces en la vivienda, le da un aspecto verdaderamente maligno. Cuando llego a la casa de mi primo, ya ha oscurecido en su totalidad. Desconozco cómo, pero mis pies inconscientemente me habían conducido hasta ahí.

Entro y camino a tientas hasta la cocina; las seis semanas que he permanecido encerrado en la casa me han permitido memorizar cada grieta de sus paredes y cada borde en el piso. Cuando llego a la cocina, busco el cajón donde se guardan las velas, coloco una en el candelabro de la cocina y la enciendo con ayuda de la caja de cerillos que llevo en el interior de mi abrigo. Me percato que no me he afeitado, bañado o cambiado ropa en esas seis semanas y pienso que tal vez mi aspecto influye en el temor que la gente siente por mí. Sonrío en silencio. La primera risa sincera que he tenido en mucho tiempo.

Tomo el candelabro y me dirijo a la sala. Sigo durmiendo en el sillón más por hábito que por verdadera comodidad. Mi mapa mental continúa en el suelo tal y como lo había dejado, lo mismo que el diario en el sillón. Me encuentro verdaderamente cansado y un poco harto de todo y no me importa el diario ni nada más, por lo que decido dormir casi inmediatamente después de recostarme.

Despierto de un sobresalto. Miro el reloj y éste marca las 3:17 de la madrugada. Afuera cae la lluvia y a pesar de que se escuchaban truenos y los rayos iluminaban el cielo nocturno partiéndolo en varias partes oscuras, ninguno de esos ruidos me había despertado. Había sido un crujido, como el de alguien abriendo una puerta o pisando sobre un suelo de madera. Posterior a eso, el sonido de un estruendo terminó de despertarme y encendió focos de alerta en mi cerebro, elevando la adrenalina y preparando mi cuerpo ante una amenaza inminente. No había sido tampoco el “click” característico del mecanismo de humificación del invernadero. Me incorporo y me percato que la vela en el candelabro sigue encendida. Sin embargo, nada me preparó para lo que venía. La luz de la vela iluminaba lo que parecían ser pisadas; huellas dejadas por alguien que arrastraba los pies, hechas de fango húmedo, huellas humanas, huellas que se arrastraban hasta el estudio, cuya puerta estaba entreabierta.

Me levanto en silencio y con el candelabro en mano me dirijo a la cocina. La puerta que da al patio se encuentra entreabierta también, lo mismo que la puerta principal. Entro en silencio y con cuidado a la cocina y tomo un cuchillo, el más largo que encuentro, dispuesto a defenderme a cualquier costo. En silencio y cuidando cada paso que doy y mirando de reojo en cada esquina me dirijo al estudio. Una vez afuera, con ayuda de mi pie abro de golpe la puerta y entro dando un salto, tratando de

impresionar al intruso, de asustarlo. Vacío. No hay nadie y el rastro de fango desaparece justo frente al escritorio. Con el cuchillo en una mano y el candelabro en la otra, inspecciono el estudio; todo parece estar en orden. No encuentro nada fuera de lo normal además de las fangosas huellas. Regreso al sofá y me mantengo despierto hasta el amanecer, sentado, con el cuchillo en una mano, observando la puerta del estudio. Afuera, la lluvia amainaba y las nubes de tormenta comenzaban a desaparecer. La claridad del cielo campestre permitía que la luna iluminara todo con su magnificencia. Una hermosa luna llena, la más grande que he visto en mucho tiempo.

Capítulo 5

5. Bajo la trampilla

Cuando el sol salió y la lluvia nocturna amainó, yo seguía mirando fijamente la puerta del estudio que permanecía abierta, expectante, atento a cualquier cosa que pudiera suceder, a que alguien (o algo) saliera intempestivamente de ahí. Sin embargo, mi tranquilidad volvió conforme la temperatura subió al alcanzar el sol su punto más alto en el cielo. Me incorporé, apagué la vela, que ya sólo era un pequeño trozo de cera en el candelabro con un soplido y me dirijo nuevamente al estudio.

La luz del día que penetraba a través de la rendija de la puerta metálica ubicada al otro extremo, así como la que dejaba entrar la puerta de madera principal, me dejó ver con claridad lo que la somnolencia y la oscuridad de la noche anterior me había impedido ver. El estudio estaba en completo desorden. El escritorio, que la noche anterior parecía en orden, estaba volteado, y todo lo que tenía sobre sí, yacía ahora en el suelo. Los marcos de las fotos estaban rotos y los trozos de vidrio crujían cuando se pisaba sobre ellos. Los papeles, libros y demás anotaciones estaban regados por toda la habitación, algunos con marcas de pisadas y otros incluso sucios, como si hubieran sido tomados por alguien con las manos llenas de fango. Entonces me di cuenta de que quien fuera que hubiera entrado la noche anterior, había estado buscando el diario.

Volví a la sala y encontré el diario sobre el sillón, aplastado y ligeramente doblado. Había estado conmigo todo ese tiempo. Traté de pensar, de poner mi cabeza en orden, de averiguar quién podría estar tras el diario de mi primo y el por qué, pero la falta de alimento y de sueño, sumado al régimen de aislamiento que había vivido las últimas seis semanas, empezaban a fracturar mi cordura y mi mente. ¿Cómo había aguantado tanto mi primo? Me pregunté.

Decidí salir a la tienda a comprar los víveres que había perdido el día anterior. Al hacerlo, cerré con llave la puerta principal y me aseguré de que no hubiera nadie en los alrededores. Camino a la tienda trato de buscar huellas o cualquier otro indicio en el fango de alguien dirigiéndose a la casa, pero la lluvia y las carretas y camionetas de los campesinos que pasaban todas las mañanas, habían borrado todo rastro en ese pegajoso camino de terracería.

Cuando llegué a la tienda, tomé los víveres sin saludar al tendero, absorto en mis meditaciones. No fue hasta que le pagué, que noté su pálido rostro y su aparente debilidad física, justo como había sucedido con Francisco días antes de morir. Él debió percatarse de mi expresión al verlo, ya que al devolverme el cambio, lo hizo con cara de pocos amigos. Le agradecí y me dirigí a la salida del establecimiento. Antes de salir, con

una voz ronca y débil me dijo:

- Oiga. ¿Ya se enteró de lo de don Francisco?

Intrigado volteé a verlo y me limité a negar con la cabeza. Él, tomando asiento de manera pesada y con un gesto de cansancio, respondió:

- El velador del panteón encontró su tumba abierta hoy. Así como usted ayer, corrió al ayuntamiento a avisar. Los despertó a todos con sus gritos. Según dice, el ataúd estaba abierto junto a la tumba, como despedazado. Lo más raro de todo, es que según parece que la tumba la abrieron desde adentro a puros golpes. ¿Usté cree?

Me di la vuelta y salí inmediatamente del establecimiento. Antes de hacerlo, me pareció ver una sonrisa burlona en la cara del tendero. Volví a la casa, todo parecía en orden, tal cual yo lo había dejado. Puse los víveres en la mesa, prendí la estufa para calentarla y me dirigí al estudio a levantar el desorden. Levanté y limpié todo, incluido el pasillo y todos los lugares donde hubiera fango. Una vez hecho esto, comí uno de los panes que había comprado con un vaso de leche. Mientras lo hacía, pensaba en Francisco, en su tumba y en su cuerpo ahora desaparecido. Recordé las últimas palabras que me dijo y en el par de llaves que me entregó. Las saqué de mi bolsillo y las examiné, una pequeña llave plateada, que era la llave del estudio y una llave más grande y más antigua, que parecía hecha de cobre. Salí de la cocina y miré la cerradura de la habitación de mi tía, y por el tamaño de la misma, era imposible que esa otra llave embonara; de hecho, parecía no embonar en cualquier otra puerta si se comparaba con una relación de tamaño entre llave y cerradura.

Intrigado, volví a leer el diario, buscando algún indicio que me dijera dónde podría encajar esa llave más grande. Al final del pequeño volumen encontré algo de lo que no me había dado cuenta con anterioridad: Una anotación inconclusa y una flecha apuntando al exterior indicaban que el diario tenía una continuación. A prisa volví al estudio. Saqué los libros del primer librero, el más grande. Uno a uno y los hojeé, los sacudí y los arrojé al suelo, rompí algunos incluso, los más antiguos. No encontré otro diario, pero encontré que al menos dos libros muy antiguos y gruesos estaban escritos en una lengua desconocida, con caracteres rúnicos y símbolos que parecían esconder secretos ominosos. Libros de magia antigua, de mitología e incluso una copia del casi ignoto “Codex Gigas” estaban en poder de mi primo, y yo ni siquiera me había percatado hasta ahora.

Me dirigí al otro extremo de la habitación e hice lo mismo que había hecho con el primer librero. Examiné, hojeé, leí y releí. Sin embargo, no encontré nada sobre otro diario. Desesperado y furioso, encendí la chimenea con ayuda de un par de troncos a medio quemar que se encontraban reposando dentro de ella, y de la caja de cerillas que cargaba

conmigo. Comencé a arrojar libros al fuego. Volúmenes enteros de saber arcano se perdieron ahí, estoy casi seguro de ello y tal vez haya sido lo mejor. El fuego parecía danzar de felicidad al ser alimentado y crecía de manera peligrosa para una habitación construida a base de madera.

Cuando ya no hubo libros que arrojar al fuego, comencé a hacer lo propio con los papeles del escritorio. Conforme lo hacía, me percaté de que el contenido de la mayoría de ellos, así como de los libros que también compartían su destino estaba ya en mi mente, muy a mi pesar. Lo último que arrojé fue la pequeña estatuilla de madera que seguía en el piso bajo el escritorio. Pude ver cómo todo comenzaba a consumirse en rojas y crepitantes llamas rojas sobre los libros más grandes que no terminaban de quemarse aún. Sin embargo, la estatuilla parecía ser abrazada por el fuego, pero jamás tocada, como mencionaba mi primo en el diario.

Mirando con desesperación al pequeño humanoide de madera, pude ver también, que en las hojas de papel que había arrojado junto a él, el calor comenzaba a oscurecer el papel formando patrones peculiares. Jamás se me ocurrió. Corrí de inmediato y me arrojé al suelo para sacar los papeles del fuego, todos ellos: los que tenían incoherencias escritas y los que aún conservaban su blancura. Los patrones formados por el fuego y el calor, no eran otra cosa que patrones formados por tinta invisible. Un truco que mi primo solía usar en muchas de sus anotaciones desde que era niño.

Ahora, los secretos que guardaban esos papeles, aparentemente en blanco, eran revelados. Las incoherencias del diario cobraban un poco de sentido al ser complementadas con esos patrones. Lo que se hallaba escrito en esos papeles, me persigue hasta hoy día cada vez que quiero conciliar el sueño. Un secreto terrible y ominoso: ¡La fórmula de la vida eterna y los papeles escritos con la llamada tinta invisible, contenían los puntos clave de la misma!

Fue entonces que caí en la cuenta de que quien fuera que haya estado en la casa la noche anterior, no sólo había estado buscando el diario; también había estado buscando esa fórmula maligna. Leí y releí la fórmula memorizándola, enterrándola en lo más profundo de mi subconsciente y arrojé los papeles al fuego una vez más, viendo cómo se consumían esta vez de manera definitiva. Seguía tirado en el suelo, junto a la chimenea, a menos de cuarenta centímetros del escritorio. Entonces sentí como una corriente de aire me rozaba una mano y volteé.

Nada. No podía verse lugar alguno por el que se colara una corriente de aire. Analicé de dónde pudo haber venido y fue entonces que justo bajo el escritorio, exactamente en el lugar en el que las huellas fangosas de la noche anterior desaparecían, pude ver una pequeña rendija que pasaba inadvertida. Me puse de pie, maldiciéndome a mí mismo por no poder ver lo evidente y empujé el escritorio hasta que entró en contacto con la pared. Pude observar que esa rendija formaba un cuadrado lo

suficientemente grande para que una persona se pusiera de pie en su interior. Las tablas que formaban dicho cuadro se movieron. Me apresuré a quitarlas y lo que vi debajo de ellas era una puerta, una trampilla con una cerradura.

Saqué de mi bolsillo las dos llaves que Francisco me había dado. Metí la llave más grande en la cerradura de la trampilla y le di vuelta. El mecanismo interno que abría la puerta cedió con un sonido apenas audible. Ante mí se extendía un túnel en vertical, con una escalera de madera que conducía hacia una oscuridad total. Pude ver también, que la puerta tenía otra cerradura en su parte interna que se cerraba con la misma llave que la abría por fuera. Corrí a la sala y tomé el cuchillo que seguía sobre el sillón, para luego volver corriendo al estudio y comenzar a bajar por la escalera de la trampilla, a través del oscuro túnel vertical, que se oscurecía cada vez más y más conforme se descendía. El fango embarrado en la escalera la noche anterior, ahora estaba seco y se desmoronaba con mi tacto y evidenciaba la presencia del intruso.

Finalmente llegué a lo que parecía ser el fondo de la escalera, después de haber descendido lo que calculé fueron poco más de ocho metros. La temperatura había descendido y frente a mí se extendía una oscuridad aplastante. Busqué un cerillo en mi abrigo y lo encendí. Quedaban ya pocos cerillos en la caja que llevaba conmigo. Había un pasillo que seguía en línea recta por lo menos unos seis metros más adelante. Medía de alto por lo menos dos metros y estaba cubierto de concreto en sus cuatro lados. Comencé a caminar a través de él, y cuál fue mi sorpresa al comenzar a hacerlo, ya que luces que se activaban con sensores de movimiento se encendieron tomándome por sorpresa. Apagué el cerillo y continué.

Caminé hasta toparme con una puerta de metal muy grueso, posiblemente blindado, con una cerradura electrónica a un costado. La cerradura se abría con una contraseña numérica. Después de pensar un rato, recordé la fecha de la foto de mi primo con su novia y la fecha que tenía escrita a la vuelta (1203201X), por lo que me apresuré a teclearla. La cerradura emitió un “click” y se abrió, al mismo tiempo que más sensores de movimiento encendían las luces al interior de aquella habitación que se abría ante mí.

Capítulo 6

6. Ecdisis

Lo que vi al entrar a dicha habitación me asombró y marcó de por vida. Mi impresión fue tal, que solté el cuchillo que llevaba en la mano y caí de rodillas, tembloroso y lleno de horror ante la ominosa visión de lo innombrable. La habitación tras aquella puerta, era nada más y nada menos que un laboratorio equipado con tecnología de alto nivel, con energía eléctrica, calefacción y equipos de última generación. Sin embargo, mi atención y mi cordura fueron tomadas por lo que vi adherido a las paredes y en el centro del recinto.

Pegados en las paredes, había varios capullos gigantescos, adheridos con lo que parecía ser un tejido viscoso similar a la telaraña o la seda. Todos ellos eran muy grades, rebasando el metro y medio de longitud y los cuarenta centímetros de diámetro. La mayoría eran redondos y de apariencia pegajosa, pero conforme recorrí el laboratorio con mi vista, pude ver que los más cercanos a la puerta apenas comenzaban a formarse, siendo el más próximo a mí el más "nuevo", casi transparente, por lo que se podía ver dentro de él. Lo que vi, dio un golpe en mi cordura que la fragmentó un poco más: Francisco, con una expresión horrible, que deformaba su rostro de manera espantosa. Con las venas del rostro terriblemente marcadas, pulsantes y saliendo como raíces, fijando su cuerpo a la pared. En las mesas frente a los capullos, dobladas perfectamente se encontraban las vestimentas de Francisco y de otras personas. En las suelas de sus zapatos se podía ver el fango embarrado, ya seco y endurecido de la noche anterior.

Horrorizado, me levanté y di un paso hacia atrás para salir del laboratorio. Sin embargo, al estar contemplando tan horrido espectáculo, no había notado que la puerta se había cerrado atrás de mí. No había señales de ningún otro panel de contraseña que la abriera desde el interior. Había sido diseñada para abrirse únicamente desde fuera, por lo que me encontraba ahora encerrado con esos horrores.

Centré mi atención en el centro del laboratorio, más concretamente en el capullo más grande de todos que colgaba del techo. Viscoso, palpitante y de apariencia purulenta y nauseabunda, el capullo permanecía suspendido por un filamento carnoso cubierto de venas que latían como si fueran bombas hidráulicas; el filamento era lo suficientemente grueso para mantener a la grotesca crisálida suspendida fijamente al techo. Empero, mi atención se vio desviada a lo que reposaba bajo el capullo. Un despojo de carne, un cadáver, yacía tirado a los pies de la grotesca crisálida.

Con cuidado me acerqué. No me percaté que para entonces ya no llevaba conmigo el cuchillo, el cual probablemente se había quedado afuera del

laboratorio. Al estar más cerca del cadáver pude ver la terrible verdad. Se trataba de mi primo. Se encontraba boca abajo y tenía una abertura que le recorría toda la espalda de forma vertical, dejando la piel abierta en un perfecto corte axial, como si de alas se tratase. Emitía un olor nauseabundo que, sumado al olor a éter del lugar, lo hacía más insoportable. No había rastros de sangre en el suelo, y dentro del cuerpo no eran visibles órganos u otros tejidos que no fueran la piel y sus capas internas. Asimismo, sus cuencas oculares se encontraban vacías.

El olor fétido que emitía aquel despojo de cuerpo me hizo retroceder mientras me cubría la nariz y la boca, intentando no vomitar. Mi vista se desvío nuevamente a las mesas ubicadas a los costados del laboratorio. Varios equipos, reactivos y frascos transparentes con fluidos y trozos de carne flotantes abarrotaban el lugar, como si se tratase de una galería de lo mórbido. Entonces lo vi. Solitario, sobre la mesa del lado derecho, se encontraba un pequeño cuaderno negro cosido con estambre: la segunda parte del diario.

Me acerqué lentamente a la mesa donde se encontraba el volumen. Mi miedo me hacía ser más precavido, pues no sabía que más podía encontrar en ese terrible lugar. Tomé el diario y comencé a leerlo. El tono tímido, balbuceante y lunático que mi primo manejaba en el volumen anterior desaparecía, dando lugar a una narrativa que destilaba locura, misantropía, maquiavelismo y malevolencia. En él, mi primo plasmaba de forma más detallada acontecimientos, fórmulas y experimentos que sólo fueron mencionados en el primer diario, incluyendo el maligno procedimiento para vivir eternamente, que ahora era cenizas en la chimenea del estudio. Trataré de reproducir algunos puntos clave, que se quedaron grabados en mi memoria y que probablemente continúen ahí por mucho tiempo:

"Mi madre ha muerto. Eso y el peso que aún tienen sobre mi mente mis experiencias pasadas, me han llevado a sostener la estatuilla entre mis manos una vez más (…) Después de sostener varias noches la estatuilla de Camazotz, y de reflexionar sobre los sueños y extrañas visiones que ésta me proporciona, decidí que era tiempo de moverme. (…) La cumbre evolutiva es el organismo artrópodo, siendo capaz de adaptarse a cualquier cambio o modificación del entorno. Esa es la clave para la evolución de la humanidad, el conseguir dicha adaptabilidad, tal y como lo hicieron los Chiwo, aquellas bestias malignas que me arrebataron a mi Johanna cuando descendimos al templo aquella vez. Desde esa ocasión, puede constatar lo terrible pero magnífica que resulta su existencia y todos los acontecimientos que tuvieron lugar ese día. Lo que haré, es probablemente una de las mayores abominaciones en contra de la naturaleza. Si hay un dios, y si éste dios es compasivo como las concepciones metafísicas plantean que es, espero que me perdone (…)"

"(…) Gracias al capital que he adquirido a través de los años al contar mi experiencias en libros, las cuales la gente sigue calificando de ficciones, he determinado que ha llegado el momento (…) He leído y releído volúmenes antiguos, repasado tratados arcanos y estudiado bajo la tutela de los más sabios. ¡He llegado más lejos de lo que cualquier iniciado ha llegado nunca! Ni los guardianes o cualquier otro se comparan conmigo (…) Y ahora, después de años, estoy listo para llevar a cabo la primera fase de mi plan. Mi madre aguarda y el tiempo corre sin detenerse. No le fallaré. Sin embargo, necesito un asistente, una mano derecha que esté dispuesta a borrar todo y a comenzar de nuevo sin mí, si es necesario. En este lugar no será difícil hallar uno. Un pueblo de campesinos y gente hambrienta, gente con grandes aspiraciones y pocos recursos, gente avariciosa (…)"

"(…) Francisco ha resultado un excelente asistente y discípulo. Ha aprendido bien y ejecuta las órdenes sin titubear. Los cadáveres que consigue están en las condiciones idóneas para realizar mis experimentos. Además sin su ayuda, me hubiera sido imposible capturar y mantener con vida a mi 'birreactor'. Los Chiwo en verdad son fascinantes; su sangre posee propiedades increíbles que dejan en ridículo a todos los avances médicos modernos. Me asombra el hecho de que sigo recordando como si fuera la primera vez: la ubicación de las ruinas, las cuevas, cada roca en ellas. Con los conjuros ya no es necesario ir acompañado (...) La gente del pueblo comienza a sospechar de las tumbas profanadas. Comienzan a asociarlas conmigo y mis hábitos nocturnos. La esposa de Francisco es una de esas personas. Creo que es momento de detener la investigación por el momento (…)"

"(…) Francisco se ha convertido en una pieza clave para llevar a cabo esta proeza y su lealtad será recompensada (…) Grandes avances en nuestros experimentos. La sangre, mejor dicho, la hemolinfa de los Chiwo invade los tejidos y los modifica a una velocidad vertiginosa, los reemplaza y renueva por tejidos óseos, musculares y epiteliales que no envejecen. Hemos determinado sin embargo que las transfusiones y el ritual deben llevarse a cabo el tercer día de luna llena cuando el satélite se encuentre en su cenit. Además, otro factor a considerar es el estado de descomposición del cuerpo: Entre más tiempo haya pasado desde la defunción, más probable es que el individuo regrese con sus facultades físicas y psicológicas atrofiadas y no sirva más que para ser un simple esbirro, dedicado a las tareas más básicas. Por lo pronto, Francisco se encargará de que estos fallos no vean la luz…aún (…)"

"(…) Más avances significativos en los experimentos. He descubierto que sujetos femeninos con órganos reproductores sanos, se vuelven esbirros después de la segunda transfusión; factor importantísimo al considerar la creación de una reina o madre. ***Nota importante: Extirpar la matriz y todo lo referente a ella antes de realizar la transfusión (...) ¡Es un milagro! ¡Mi madre camina una vez más entre nosotros! No me dirigió la palabra. Sólo se levantó y realizó la ecdisis. Se ve***

hermosa, como en sus tiempos de juventud. La llevé a su antigua habitación, donde podrá realizar las mudas necesarias sin ser perturbada. Yo mismo me encargaré de ello (…) Carlos Vélez vino hoy, le expliqué los avances de mi ciencia respecto a la suya. Le mostré a mi madre, le rindió pleitesía. Está fascinado y quiere ser el primer sujeto vivo en probarlo. Ya veremos. Veremos (…)"

"(…) Lo he conseguido. La primera transfusión en un sujeto vivo ha dado resultado; yo mismo fui el sujeto de prueba. Es importante recalcar que el proceso es sumamente doloroso, y no por eso deben dejar de recitarse las letanías durante el mismo; se puede titubear, gritar, llorar, hacer una pausa corta incluso, pero jamás debe detenerse. Los señores de la anti-vida son generosos cuando reciben lo que quieren (…) A pesar del dolor y del cambio de apariencia física, puedo sentir el cambio en mi interior. Puedo sentir como me transformo poco a poco, preparándome para alcanzar la cumbre evolutiva (…)"

"(…) Mi tiempo se agota, puedo sentirlo. Mi carne y mi sangre queman como si estuviera en el mismo infierno. He recibido otras tres transfusiones en estos dos años. Sin embargo, la hemolinfa está por terminarse y los seguidores que Francisco ha acercado a este, mi nuevo culto a la anti-vida esperan ser recompensados. He empezado a idear un nuevo plan, uno que me ayudará a volver una vez más, cuando mi alma sea consumida por mis señores. Para ello necesitaré a Francisco y a mi primo Josué, el único pariente cercano vivo que me queda (…)"

"(…) Mi momento ha llegado. Ayer en la noche se alzó la última luna llena que veré. Era una luna muy hermosa en verdad. Ya todo está arreglado. Recibí mi última transfusión, la quinta. Se puede decir ahora que por mis venas corre el fluido ancestral de los Chiwo. Mi cuerpo no lo soportará más. Puedo sentir la renovación, el cambio, la ecdisis. Puedo sentir que ya no soy un humano, ahora soy algo más, algo esperando a salir de su cascarón. Ahora depende de Josué el despertarme al leer la letanía correspondiente. Es un chico inteligente, a pesar de ser sólo un campesino. Si hace bien su tarea, será bien recompensado. Si todo sale como está previsto, regresaré a este lugar hoy mismo en la noche y realizaré la ecdisis. Renaceré. Volveré más joven y lleno de vida, aunque vacío. No habrá más muerte, ni enfermedad. Todo volverá a empezar para mí. Hace tiempo comprendí que en este mundo no hay un dios, pero cuando yo vuelva, lo habrá ciertamente. Cuando yo vuelva, todos serán iguales. No habrá muerte, ni enfermedad, ni vida. Solamente anti-vida. Ojalá, aquellos que murieron en aquella ocasión pudieran ver todo lo que he logrado. Ojalá mi hermosa Johanna pudiera estar a mi lado en este momento. Todo queda en manos de Josué y de Francisco."

-M.

Así concluía el segundo volumen del diario. Aterrorizado, volví a dejarlo sobre la mesa, casi arrojándolo. No podía creer lo que mi primo había estado maquilando todo este tiempo. Ciertamente había perdido la razón. Había hecho partícipe al pueblo entero de su maligno plan y no se había tentado el corazón al utilizarnos a todos. Había manipulado a Francisco y a quién sabe cuántos más, metiendo en su cabeza ideas perversas. Ahora lo entendía todo: el hermetismo y su aislamiento, los cuerpos profanados, las circunstancias de la muerte de Francisco y de otras gentes del pueblo, así como la perversa naturaleza del lugar en el que me hallaba. Sin embargo, había algo que no me cuadraba todavía. En éste segundo volumen de su diario, mi primo mencionaba que era necesario que yo recitará un conjuro para que saliera de la crisálida pero, por más que se leyera entre líneas o se buscara algún otro código en esa bitácora maldita o en su volumen anterior, era imposible encontrar tal letanía. No es que quisiera hallarla o leerla, más bien, quería evitar que viera la luz.

Entonces recordé. Las hojas que había encontrado en el estudio. Aquellas que a primera instancia me pareció contenían incoherencias que cobraron sentido al juntar su contenido con el de aquellas otras escritas en tinta invisible, contenían una fórmula casi impronunciable que a estas alturas del camino comenzaban a cobrar sentido. Sin notarlo, movía mis labios recordando cada palabra plasmada en esas hojas. Sin notarlo también, la crisálida a mis espaldas empezaba a sacudirse de manera cada vez más violenta, palpitando y escurriendo sus jugos nauseabundos sobre el cascarón abierto a sus pies que antes había albergado un alma humana.

Cuando me di cuenta de ello, ya era muy tarde. Salí de mi introversión sólo para darme cuenta que detrás de mí, una mano, similar a una garra de color gris blancuzco como el yeso rompía el delgado tejido que componía al capullo provocando que el líquido en su interior se derramara. Desesperado, busqué una salida del maligno laboratorio. Miré de un lado a otro lleno de pánico.

Fue entonces que un voluminoso refrigerador en el otro extremo del laboratorio llamó mi atención. Corrí hacia él, con la esperanza de poder derribarlo y usarlo como escondite, mientras el capullo seguía rasgándose y desparramando su nauseabunda sustancia. Una vez que llegué a donde estaba el aparato, me percaté que se trataba de una cámara criogénica que parecía sacada de una película de ciencia ficción. Lo que tenía en su interior, no me ha dejado dormir tranquilo desde entonces. En una pose retorcida y con una expresión de sufrimiento y agonía, yacía una criatura muerta en el interior de la cámara; se trataba nada más y nada menos que de un Chiwo, mitad humano, mitad arácnido, tal y como lo describía mi primo en sus libros y diarios.

Aterrado, pude observar cada detalle de su fisonomía y juro por dios que jamás se irán de mi memoria. Sin embargo, como ya dije, mi intención era derribar la cámara criogénica para ocultarme detrás. No sé de dónde saqué las fuerzas necesarias para hacerlo pero lo logré. Con un estruendo la cámara cayó. El cristal que cubría su parte delantera reventó, dejando salir el nitrógeno líquido que mantenía congelado al monstruo en forma de blancuzco y gélido humo.

El capullo se abría más a cada momento. Me agaché para ocultarme, y no fue hasta que hice esto último, que pude notar la ventila que se abría en la parte baja de la pared y que había permanecido oculta por la cámara. Era lo suficientemente grande como para ocultarme en ella, además de que conducía a un túnel que de seguro daba al exterior. Sin pensarlo más, arranqué la rejilla que la cubría y me oculté en su interior. Al tiempo que colocaba la rejilla desde el interior, el capullo terminó de abrirse.

Un bulto viscoso cayó desde su interior y golpeó de forma seca el suelo. Hubo un momento de silencio. Del interior vacío del capullo seguía escurriendo el líquido nauseabundo. Desde mi posición y debido a que la cámara de criogenización limitaba mi campo de visión, me era imposible ver más.

De pronto, del suelo una figura humanoide se levantó. De piel grisácea y cubierta de aquel líquido viscoso, sin rastro alguno de vello en el cuerpo o en la cabeza; esbelto y con los músculos de la espalda marcada, la figura permaneció de pie y en silencio. Mi respiración era agitada y el sudor cubría mi rostro. Podía sentir mis músculos tensos y adoloridos.

Entonces, algo pasó. De la espalda del humanoide, unas protuberancias similares en forma a setas urticantes se movieron entre la viscosidad que las mantenía ocultas hasta entonces. Ahora que relato esta experiencia, teorizo que esas estructuras se trataban de órganos sensoriales. Sin pensarlo un segundo más, me di la vuelta y comencé a gatear a través del ducto de ventilación a toda velocidad. Antes de hacerlo, alcancé a notar que el humanoide volteaba, y juraría que había una sonrisa perversa en su rostro, el cual no pude ver con detalle. Fuera lo que fuera que estuviera en ese laboratorio, ya no era mi primo.

Seguí gateando a través del conducto, cuando el ruido de la rejilla siendo arrancada de golpe me hizo acelerar dicha acción. Jadeante, pude sentir que el túnel se inclinaba ligeramente y que iba ahora en ascenso. Parecía no tener fin. Entonces vi una luz muy tenue que al irme acercando gradualmente, se dividió en luces más pequeñas en forma de rendijas; se trataba del otro lado del ducto. Mi mirada se iluminó, mi ánimo subió y la fuerza a mis agotados músculos volvió; incluso lancé un grito victorioso.

Una vez estuve en contacto con la fría rejilla que cerraba ese lado del ducto, intenté retirarla. Sin embargo, todos mis intentos fueron en vano.

En mi desesperación, lancé un grito a la vez que sacudía con todas mis fuerzas y mi frustración la rejilla. Entonces lo escuché. Inmediatamente después de lanzar mi grito y sacudir la rejilla, la criatura que me seguía aceleró el paso y gateó más rápido. Al igual que yo, debía estar gateando debido a la estrechura del túnel. A pesar de ello, el fluido que de seguro cubría aún su cuerpo, hacía que el gateo fuera percibido por mis oídos. Jamás olvidaré ese abominable sonido: "Clap clap clap clap…"

Desesperado, sacudí la rejilla con más fuerza. Al no obtener resultados, azoté mi cuerpo, lanzándome sobre ella una y otra y otra y otra vez. Sentí el "crack" de mi hombro fracturándose. Seguí lanzándome sobre la rejilla. El sonido del gateo de la criatura se hacía cada vez más fuerte y podría jurar que incluso más rápido: "Clap clap clap clap clap clap clap". La rejilla cedió al fin, haciéndome caer al otro lado. Lo que vi, fue indescriptible e impactante.

Una habitación pequeña, de poco más de dos por tres metros se extendía ante mí, con las paredes cubiertas en su totalidad con aquel extraño tejido membranoso y venoso que componía los capullos que había visto con anterioridad en el laboratorio. Las venas palpitantes hacían que, tanto las paredes como parte del suelo palpitaran al ritmo del corazón del ser que habitaba en la crisálida que estaba sobre mi cabeza. Al menos tres veces más grande que el capullo del que había emergido la criatura que me perseguía a través del túnel, éste gigantesco capullo palpitaba y regeneraba las venas perdidas ante mi arremetida contra la rejilla a una velocidad impresionante.

Recordando mi situación, volví rápidamente a la realidad. Al otro lado de la habitación, había una puerta cubierta de venas palpitantes. Corrí y la derribé de una patada. Mi hombro roto dio una punzada de dolor, provocando que un grito saliera de mi garganta. Al abrirse la puerta me encontraba nuevamente en el pasillo que conectaba la entrada de la casa con la sala. Caí en la cuenta, sorprendido y aterrado, que esa habitación era nada más y nada menos que la habitación sin llave de mi tía, por lo tanto, el capullo debía tener en su interior a…

No pude terminar de formular este razonamiento, ya que un cosquilleo en mi espalda, ese cosquilleo que se siente al ser observado, me hizo volver la vista sobre mi hombro. Mi campo de visión era limitado, pero alcancé a ver un par de brazos blancuzcos y viscosos saliendo de la ventila. Me apresuré a cerrar la puerta de la habitación y a correr a la sala arrastrando el sillón, colocándolo lo más rápido que pude en la cerradura, atrancando la puerta e impidiendo que la criatura la abriera a pesar de que la estaba empujando con mucha fuerza.

Las patas de madera del sillón comenzaron a crujir. La adrenalina en mi cuerpo había agudizado mis sentidos y me permitía percibir el olor a madera quemada que emanaba del estudio y el olor a gas que provenía a

su vez de la cocina. Al parecer la chimenea del estudio aún conservaba restos crepitantes de madera y de seguro también había alguna chispa oculta entre las cenizas. Me dirigí entonces a la sala y prendí la vela que aún reposaba en su candelabro. Después, corrí a la cocina donde giré todas las perillas que pude de la estufa para por último, salir dando tumbos con dirección a la puerta de la entrada al tiempo que el sillón crujía con mayor fuerza.

Escuché la madera del sillón cediendo mientras corría fuera de la casa y la cerraba con llave desde fuera, arrojando la llave a la distancia. Entonces, adolorido, cansado y sudoroso comencé a correr. No pasaron ni tres minutos, cuando escuché una explosión. Todo el pueblo la escuchó; incluso dicen que se pudo escuchar a varios kilómetros a la redonda, en poblados vecinos. Seguí corriendo y no me detuve hasta llegar a mi casa, jadeante, empapado de sudor. Tomé una mochila y empaqué lo que pude, fuera esencial o no. Me colgué la mochila en el hombro bueno y volví a correr.

En el camino, pude ver a varios hombres, así como una caravana de camionetas correr en dirección a la gran columna de humo que se alzaba sobre el lugar donde hasta hace unos minutos yo había experimentado el infierno en la tierra. Pude ver también, al pasar frente al ayuntamiento, cómo muchas personas me señalaban y le susurraban cosas a los policías que se encontraban ahí. No hice caso y seguí corriendo sin detenerme. Corrí hasta salir del pueblo, hasta que mis piernas se acalambraron y me pedían desesperadamente parar. Sin embargo, no me detuve y seguí caminando hasta llegar a la autopista que conectaba al pueblo con el resto de municipios del estado.

No me importaba a dónde, ni cómo pero me tenía que alejar de ese lugar maldito, de ese lugar que se convertiría en el infierno sobre la tierra. Poco tiempo después de estar caminando como autómata al lado de la autopista, detuve a un tráiler con una señal de mi mano. El chofer, visiblemente preocupado por mi aspecto físico me preguntó si quería ir a un hospital. Le agradecí cortésmente pero le dije que me llevara al estado vecino solamente. Al recorrer un pequeño tramo de autopista que rodeaba el pueblo en su imponente transporte, vimos a lo lejos la columna de humo negro que a la distancia parecía un pequeño hilo. Rompiendo el incómodo silencio, el chofer me preguntó sobre lo que pudo haber pasado. Recordando las palabras de mi primo, le contesté al chofer de la misma manera que hubiera hecho él años atrás conmigo: es mejor no saber algunas cosas.

Capítulo 7

Epílogo

Han pasado muchos años desde que esa horrible experiencia me dejó marcado. Las canas cubren mi cabeza y mi cuerpo resiente el paso del tiempo. A pesar de ello, puedo presumir que mi vista, oído y memoria casi no se han visto afectados por ello. Ahora vivo en una pequeña comunidad casi desconocida del estado adjunto al cual nací, a donde llegué hace tantos años, al pueblo natal de mi difunta madre. Olvidada por dios, como la catalogan sus habitantes, carece de muchas cosas, entre ellas de infraestructura básica como lo es transporte y comunicaciones, por lo que el aislamiento es casi total. A pesar de ello, ese tipo de vida austero ha sido lo mejor para mí.

Sigo trabajando en el campo y también en mis primeros años desde mi llegada, me dediqué a dar clases de biología y ciencias en la pequeña escuela del pueblo. Fue una verdadera fortuna que no necesitara un título universitario para ello. Después de lo que viví, sin embargo, creo que es necesario que se revisen algunos escritos sobre biología, aunque no estoy seguro que a los alumnos les guste conocer tan mórbidos y horrorosos hechos.

Estuve algún tiempo en contacto con Santiago, mi amigo y primo lejano, gracias a esa maravillosa invención que resulta ser el correo. Sin embargo, lo apartado de los lugares en los que radicamos, hace que las noticias lleguen más lento que de costumbre. Gracias a Santiago, pude enterarme de los hechos que sucedieron en el pueblo después de mi partida. Trataré de resumirlos de la manera más breve a continuación.

El incendio continuó consumiendo todo por al menos cuatro horas después de que abandoné el pueblo aquella tarde. Prácticamente todo el pueblo ayudó a combatir la furia del fuego para finalmente sofocarlo, probablemente porque los campesinos temían que el fuego se expandiera hasta sus cultivos, más que por empatía hacia mí o mi familia. Muchos especularon que la ferocidad del fuego se debió a todo el material inflamable que había en el interior de la casa y que incluía el estudio, el invernadero con todo su contenido, entre otras cosas. Sin embargo, según lo dicho por Santiago, entre los escombros no se encontraron restos de ningún cuerpo, fuera humano o de alguna otra naturaleza. También, al insinuar la existencia del laboratorio, mi amigo dijo que entre los restos carbonizados de la casa no se encontraron indicios sobre la existencia de éste, de la trampilla, del túnel, de los capullos o incluso de los diarios. Aunque me dijo, que entre los restos, algunos hombres hallaron una pequeña estatuilla de madera en perfecto estado.

Era claro que todo lo anterior (la ausencia de indicios que comprobaran las abominaciones que mi primo había estado maquilando durante muchos años), era prueba fehaciente de que el culto que él había creado, el culto a la anti-vida había escalado a las esferas más altas del pueblo. Esto quedó comprobado cuando Santiago me informó no sólo de la muerte de la esposa de Francisco y de sus hijos mayores, así como de la del tendero días después de mi partida y de la profanación de sus tumbas, sino también de la muerte del jefe de la policía y del presidente municipal, así como del triste destino de sus cuerpos con el correr de los meses.

Tiempo después, se convocaron a elecciones para escoger a un nuevo presidente municipal. Con ello un extraño que decía ser pariente de Francisco, así como haber nacido en el pueblo, teniendo documentos que lo probaban, llegó al pueblo. Casi de inmediato la gente del pueblo lo aceptó, cosa extraña ya que no era muy común que recibieran tan bien a los forasteros. Esto hizo que se postulara como candidato a la presidencia municipal, con propuestas interesantes y un carisma y poder de convencimiento casi hipnóticos. En la elección obtuvo una victoria aplastante sobre su único contendiente.

Intenté persuadir a Santiago de abandonar el pueblo y que siguiera mi camino. Fue inútil. Días después de recibir mi penúltima carta, Santiago me respondió diciendo que se sentía terriblemente enfermo y que deseaba que lo visitara. Comprendiendo la terrible realidad, le contesté que si quería, podía disponer de la casa de mis padres y todo lo que hubiera en ella, indicándole incluso la ubicación de los papeles de propiedad. No volví a recibir respuesta alguna de su parte.

Hasta el día de hoy, continuo viviendo en la austeridad y casi en aislamiento, siendo mi único medio de entretenimiento una vieja radio que compré en una barata en la plaza de este pequeño pueblo. Gracias a ella es que me puedo poner al corriente de varios acontecimientos al menos a nivel local, ya que la cobertura de la señal radial es limitada. Por ese medio, me he enterado de la aparición de un médico que ofrece curas milagrosas para todo tipo de enfermedad. En los comerciales en los que hace aparición, su voz es terriblemente carismática y tiene algo en el tono que maneja que me resulta familiar.

Es época de cosecha. Me dirijo a la plaza central a vender lo obtenido en mi carreta. De pronto, mi mula se detiene ante el calor abrumador. Logro arrearla hasta la sombra de un sauce a un lado del terroso y erosionado camino. Decido hacer lo que ella y descansar un momento a la sombra del árbol. No termino de echarme bien, cuando un extraño se acerca a mí desde el camino, y con un tono animado me dice:

- Buen día, amigo. ¿Sabe si aún falta mucho para llegar al pueblo?

Trato de ver su rostro, pero el sol me da de lleno en la cara y solo puedo ver su delgada y estilizada silueta. A pesar de ello, puedo distinguir que va bien vestido. Lleva un traje fino color negro y lentes oscuros. Así mismo, logro observar que su aspecto es extremadamente limpio, a pesar de lo sucio del camino.

- Siga ese camino, así como va y llega seguro. – Contesto.

- Muchas gracias, compañero. – Responde él, con ese tono terriblemente carismático, que me resulta tan familiar, mientras se aleja de vuelta hacia el camino.

Agacho mi cabeza, dispuesto a dormitar un poco, pero noto que el hombre se detiene y gira su cabeza nuevamente hacia mí. Alzo la vista y quedo atónito ante lo que veo. Mi primo me mira con unos ojos de iris amarilla y pupilas negras, por encima de aquellos lentes oscuros. Su rostro no tiene arruga o mancha alguna y su piel es de un color moreno, adornada únicamente por una barba de candado negra perfectamente recortada. Su cabello es negro como la noche, sin cana alguna y completamente peinado hacia atrás.

- Nos vemos luego, primo. – dice sonriendo maliciosamente, con ese tono que he escuchado muchas veces en la radio, mientras se aleja por el camino que conduce al pueblo, ante mi mirada impotente.